

Páginas de 1995*

Fumaroli et la France (9 de enero)

Algunos gestos delatan. En un reciente libro de Marc Fumaroli –un estudioso con ideas sonoras y rotundas pero muy poco interesantes– afirma lo siguiente: «La France, patrie de l'esprit, est aussi inaliénable que peut l'être la Grèce malgré Papandréou, l'Espagne malgré González, l'Italie malgré De Michelis, la Chine malgré Mao. C'est un bien commun de L'Europe et du monde». (*L'État culturel, essai sur une religion moderne*). En primer lugar, Fumaroli, que suele ser muy compacto y rotundo, se hace un poco humo cuando considera Francia la patria del espíritu, porque habría que considerar al resto de las naciones provincias más o menos espirituales o materialistas de esa capital. Luego está el ahistoricismo propio de todo nacionalismo: lo que Francia sea es refractario al cambio: los hombres hacen y deshacen pero el espíritu del país sigue siendo el mismo: es así desde el principio. Lo mismo habría que pensar de España (provincia espiritual, aunque durante el franquismo se publicitaba que España era *diferente*), que se mantiene fiel a sí misma a pesar de Felipe González. Imagino que también era ella misma, inalienable, en tiempos de Franco, Azaña, Alfonso XIII y Felipe II.

Fumaroli es un conservador dogmático. Siguiendo sus ideas, jamás hubiera habido aventura artística, negaciones ni rebeldía. A veces tiene razón al tratar de devolver al pasado lo que cierto positivismo interesado quiere quitarle en beneficio de las nuevas propuestas, pero esto, ni es original ni sus planteamientos son iluminadores. Por otro lado quiere hacernos pensar que cuando el Estado protege a las artes las pervierte al servicio de determinada ideología, y defiende la iniciativa privada (bancos, fundaciones, etc.) ignorando que también está sujeta a gustos e intereses. Su crítica del Estado protector (que él califica de religión moderna) es menos aguda que la que François Revel ha hecho en diversos libros res-

* Pertenecientes al libro inédito *Al vuelo de la página, del cual se ha publicado en CHA varios fragmentos: «Palimpsesto», núm. 522, «Horas sin días», núm. 509 y «Días de 1994», núm. 544.*

pecto a los poderes del Estado. Revel no es nacionalista y no creo que jamás se le ocurriera pensar que Francia es la patria espiritual del mundo.



Rescato esta frase de Karl Jaspers: «Quien quiere la justa organización del mundo para siempre no quiere nada, pero sí aquel que en su situación «histórica» aprehende lo posible como suyo».



Viendo un programa televisivo sobre Vietnam, me sorprendió enormemente lo siguiente: allí, en los comercios de alimentación, se venden las serpientes pitón –al parecer un rico alimento– por metros, como si fuera cuerda.



En una entrevista con Alan Ross, publicada en el *London Magazine* en 1981, Charles Tomlinson recuerda su infancia y dice lo siguiente: «Para mí la contemplación consistía en eso: pescar. Observar silenciosamente el agua y desear que aparezca el pez, o no desearlo, y limitarse a dejar que los peces se aproximen, atrayéndolos a la órbita mental propia en un peculiar desprendimiento de la voluntad. Para un muchacho es una disciplina estupenda, sólo aprender a quedarse quieto y a no proyectar tu sombra encima del agua, sentarse en silencio y sumergir los aparejos bajo la superficie. Una buena forma para iniciarse como poeta, o como pintor.»



Oído en el metro: dos persona adultas están conversando de su infancia. De pronto, una de ellas recuerda las magdalenas con almendras que comían entonces.

–¿No echas de menos aquellas magdalenas?

–No, no; echo de menos al niño que las comía.

Oh, Dios (*12 de enero*)

George Steiner da un repaso a su vida en conversación con Rami Jahanbegloo. A lo largo de sus páginas encontramos observaciones inteligentes y audaces, como corresponde a quien ha escrito *La muerte de la tragedia*, *Después de Babel* y otros ensayos valiosos. Ahora bien, a diferencia de lo que encontramos en Tomlinson, Steiner sólo habla de libros

y de vicisitudes académicas. El mundo tiene forma para él de biblioteca, pero hay que pensar que los libros hablan de sentimientos y de pasiones, sin excluir la intelectual. Menciona a su mujer de pasada (madre de sus hijos), pero no sabemos cómo se llama (lo mismo ocurre con sus hijos). Las mujeres parecen contar poco en su vida, o si cuentan tienen un papel pasivo. Sus padres (en realidad el padre), aunque judíos, le dieron una educación laica (volteriana). La figura del padre es muy importante en Steiner: el padre *sabía*, le antedecía, como le antedece el texto. Steiner se ha visto impelido a cumplir el proyecto paterno y ha tratado de ser el mejor. Hubiera preferido ser carbonero antes de merecer el desdén de su padre, confiesa. Por otro lado, es un poco triste asistir a la memoria de un hombre de casi sesenta años que recuerda tan bien las competencias académicas en las que él salía victorioso. Sus ídolos filosóficos son Spinoza y Nietzsche, y en su siglo, Heidegger, a quien sigue leyendo cada día como si sospechara que en esos textos hay una verdad revelada. Sorprende la admiración un poco infantil que tiene por los sabios de su tiempo, como si se encontrara entre gigantes (él, que, por otro lado, también es un gran erudito). Hay hombres que no dejan de estar ante un tribunal frente al que se examinan. A veces creo que a Umberto Eco le pasa lo mismo. Falta mundo y se dedican a escribir obras eruditas. Admiro a Steiner, y es evidente que en él hay una verdadera pasión de lector, además ha puesto sus teorías al servicio de grandes libros, cosa que Eco y otros teóricos no han hecho, pero estas copiosas conversaciones muestran a un individuo que no se comprende a sí mismo. Sólo hay que oírle cuando habla del judaísmo. Todos los hombres importantes son judíos, leer subrayando es un gesto judío, lo mismo si uno corrige las erratas; ser judío es tener el cuarto de estudio repleto de libros y de discos, se es judío sin ser creyente, él es judío, su obra es judía, el judío es distinto al resto de la humanidad, «Para mí es inconcebible no ser judío», confiesa con una expresión rara en un hombre de imaginación. Confieso, y esto pocos se atreven a escribirlo, que todo eso me produce una cierta repugnancia. El judío es tan distinto como cualquier otro, como un francés o un guineano. Es cierto que han sido perseguidos, y en algún momento masacrados, pero también han sido perseguido los homosexuales, por ejemplo, los liberales, los gitanos o la gente de izquierda, los cristianos (que a su vez han perseguido a los herejes), etc. La humanidad es una persecución continua entre lo mismo y lo diverso, lo idéntico y la diferencia. Hay que defender a cualquier judío frente a los que quieren que deje de serlo, pero por la misma razón universal que hay que defender a cualquiera del deseo reductivo o condenatorio de los otros. No podemos condenar a nadie por lo que es en relación a sí mismo, por ser blanco, amarillo o por creerse hijo de Dios. Distinto es si, basándose en su diferencia, quiere abolir las nuestras. Apelo al derecho a la tolerancia. Y desde este derecho, si alguien se quie-